

## CAPÍTULO 60

Una semana antes de su muerte, mi madre mejoró de improviso. Las nuevas pastillas para dormir que le recetó el nuevo médico hicieron maravillas en una noche. Al atardecer, mi madre se tomó dos de esas pastillas y a las siete y media de la tarde se durmió vestida en mi cama, que había pasado a ser la suya, y estuvo durmiendo casi un día entero, hasta las cinco de la tarde del día siguiente; entonces se levantó, se duchó, bebió algo y quizá volvió a tomarse, al atardecer, una o dos pastillas más, porque de nuevo se quedó dormida a las siete y media de la tarde y estuvo durmiendo hasta la mañana, y por la mañana, cuando mi padre se levantó para afeitarse, exprimir dos vasos de jugo de naranja y calentarlos un poco, para que estuviesen templados, también se levantó mi madre, se puso una bata y un delantal, se peinó y nos preparó un desayuno de verdad, como antes de caer enferma, huevos fritos, ensalada, yogures y una panera con rebanadas de pan que mi madre sabía cortar muy finas, mucho más finas que las de mi padre, a las que ella llamaba cariñosamente «tarugos de madera».

De nuevo volvimos a sentarnos los tres a las siete de la mañana en tres taburetes de enea alrededor de la mesa de la cocina cubierta por un hule de flores, y mi madre empezó a hablarnos de un rico comerciante de pieles de su ciudad, Rovno, un perspicaz judío que trataba incluso con viajantes de París y Roma debido a una clase excepcional de piel, una piel llamada zorro de plata que brillaba como la escarcha en una noche de luna.

Un día, el comerciante se volvió un vegetariano convencido. Dejó en manos de su suegro y socio el próspero negocio de pieles. Al cabo de un tiempo, se construyó una pequeña cabaña en el bosque, se fue de su casa y se instaló en la cabaña, pues estaba apesadumbrado por los miles de zorros que los cazadores mandados por él habían matado para fabricar pieles. Al final, el hombre desapareció. Y cuando mis hermanas y yo queríamos asustarnos unas a otras, nos tumbábamos en la alfombra a oscuras y empezábamos a imaginar, por turnos, cómo ese hombre que una vez fue un rico comerciante de pieles ahora vagaba desnudo por los bosques, tal vez enfermo de rabia, lanzando desde la espesura aullidos de zorro que ponían los pelos de punta, y a todo aquel a quien la fatalidad lo hacía toparse en el

bosque con el hombre zorro, al instante, a causa del terror, se le ponía el cabello blanco.

Mi padre, a quien no le gustaban nada esas historias, hizo una mueca y preguntó: Perdonas, ¿qué es eso? ¿Una alegoría? ¿Una superstición? ¿O simplemente un cuento de niños? Pero, como estaba muy contento por la mejoría de mi madre, hizo con la mano un gesto de renuncia y dijo:

–Está bien.

Mi madre nos apremió para que no llegásemos tarde, él al trabajo y yo al colegio. Junto a la puerta de la calle, mientras mi padre se ponía las botas de goma encima de los zapatos y yo luchaba con los guantes, me salió un aullido de zorro tan largo y escalofriante que mi padre se estremeció y se asustó, luego se recuperó y alzó la mano para darme una bofetada. Pero mi madre se interpuso entre los dos, me apretó contra su pecho, me tranquilizó a mí y también a él, sonrió y nos dijo:

–Es todo por mi culpa. Perdónenme.

Ése fue su último abrazo.

Nos fuimos en torno a las siete y media, mi padre y yo, sin cruzar ni una palabra, pues mi padre estaba enojado conmigo por aquel alarido rabioso. Junto a la puerta del patio, él se dirigió hacia la izquierda, en dirección al edificio Terra Sancta, y yo me fui hacia la derecha, al colegio Tajkemoní.

Cuando volví ese día del colegio, encontré a mi madre vestida con su falda clara de dos filas de botones y un chaleco de lana azul marino. Me pareció bella y juvenil. Tenía buena cara, como si todos sus días de enfermedad se hubiesen borrado de su rostro en una noche. Me dijo que dejara la cartera del colegio y no me quitara el abrigo, ella también se puso el abrigo, tenía una sorpresa para mí:

–Hoy no vamos a comer en casa. Hoy, he decidido invitar a los dos hombres de mi vida a comer en un restaurante. Pero tu padre aún no sabe nada. ¿Le damos una sorpresa? Vamos a dar un pequeño paseo los dos por la ciudad y luego iremos al Terra Sancta, lo sacaremos de allí a la fuerza, como se saca a una polilla de su tumba

de libros, y los tres iremos a comer a un lugar que tampoco te voy a decir a ti: quiero que también tú estés un poco intrigado.

No reconocía a mi madre: su voz no era la de siempre, era festiva y fuerte, como si estuviese declamando un papel en una representación del colegio, una voz llena de luz y calor al decir «vamos a dar un pequeño paseo los dos», pero algo temblorosa al pronunciar las palabras «polilla» y «tumba de libros», una voz que me produjo, sólo por un instante, un cierto temor. Pero enseguida el temor dejó paso a la alegría por la sorpresa, por el regocijo de mi madre, por su feliz vuelta a nosotros.

Mis padres casi nunca comían en restaurantes, aunque con bastante frecuencia nos encontrábamos con sus amigos en los cafés de la calle Yafo o de la calle King George.

Una vez, en el año 50 o 51, cuando fuimos los tres a ver a las tías de Tel Aviv, mi padre tiró la casa por la ventana y el último día de nuestra visita, justo antes de volver a Jerusalem, se proclamó a sí mismo «barón Rothschild por un día» y nos invitó a todos, a las dos hermanas de mi madre, a sus maridos y al único hijo de cada una, a comer en el restaurante Hamozeg de la calle Ben Yehuda esquina Bugrashov. Nos prepararon una mesa para nueve. Mi padre se sentó a la cabecera, entre sus dos cuñadas, y consideró adecuado sentarnos a todos de tal forma que ninguna de las hermanas estuviera al lado de sus maridos y ninguno de nosotros, los niños, estuviera entre sus padres: como si en esa ocasión hubiese decidido barajar todas las cartas. El tío Zvi y el tío Buma, algo desconfiado, no comprendieron del todo al anfitrión, y por supuesto no quisieron probar con mi padre un vaso de cerveza, porque no estaban acostumbrados y se sentían algo incómodos. Por lo tanto, renunciaron al derecho de hablar y decidieron cederle todo el protagonismo a mi padre, quien, por su parte, al parecer consideró que los manuscritos del Mar Muerto, que se habían descubierto en el desierto de Judea, eran sin duda el tema más importante y emocionante para todos los comensales. Entonces, empezó a dar una detallada conferencia, que se prolongó durante la sopa y el segundo plato, sobre el significado de los manuscritos hallados en una cueva de Qumrán y sobre la posibilidad de que otros tesoros inestimables estuviesen esperando a ser descubiertos en algún lugar entre las grutas del desierto. Hasta que mi madre, que estaba sentada entre el tío Zvi y el tío Buma, observó amablemente:

–Arie, ya basta por hoy, ¿no?

Mi padre comprendió y cedió, y desde ese momento hasta el final de la comida, la conversación se escindió en varias conversaciones puntuales. Mi primo mayor, Yigal, pidió permiso para llevar a mi primo pequeño, Efraim, a la playa cercana. Al cabo de un rato, también yo renuncié a la compañía de los adultos y salí del restaurante Hamozeg en busca de la playa.

¿Pero quién habría imaginado que precisamente mi madre planeara ir a un restaurante? Mi madre, a quien nos habíamos acostumbrado a ver sentada casi día y noche en su silla mirando fijamente la ventana sin moverse. Mi madre, a quien hacía sólo unos días yo había dejado mi habitación para huir de su silencio a dormir con mi padre en el sofá cama de matrimonio. Estaba tan guapa y de tan buen humor aquella mañana en Jerusalem, con el chaleco azul marino, su falda clara, las medias de nailon con costura y los zapatos de tacón, que cuando íbamos por la calle los hombres volvían la cabeza para mirarla. Llevaba el abrigo doblado en un brazo y el otro agarrado al mío:

–Hoy serás mi *chevalier*.

Y, como adoptando también el papel de mi padre, añadió:

–*Chevalier* quiere decir caballero: *cheval* significa caballo en francés, y *chevalier*, caballero.

Después dijo:

–Hay bastantes mujeres que se sienten atraídas por hombres déspotas. Como las mariposas por el fuego. Y hay mujeres que lo que más necesitan no es un héroe, ni siquiera un amante apasionado, sino sobre todo un amigo. Recuérdalo cuando crezcas: aléjate de las mujeres a quienes les gustan los déspotas, y entre las que buscan un hombre-amigo intenta encontrar, no a las que necesitan un amigo porque están algo vacías, sino a las que también desean llenarte. Y recuerda que la amistad entre un hombre y una mujer es algo mucho más valioso y extraordinario que el amor: de hecho el amor es algo bastante rudo e incluso grosero comparado con la

amistad. La amistad incluye también una parte de delicadeza, de aceptación y generosidad, y un refinado sentido de la medida.

–Está bien –dije. Pues quería que dejara de hablar de cosas que no me incumbían y que cambiáramos de tema. Hacía varias semanas que no hablábamos, y me daba pena desperdiciar esos momentos que eran sólo suyos y míos. Cuando nos acercábamos al centro de la ciudad, volvió a tomarme del brazo, se rió y preguntó de repente:

–¿Qué te parecería tener un hermano pequeño? ¿O una hermana?

Y, sin esperar mi respuesta, añadió con tristeza sarcástica, o más que sarcástica envuelta en una sonrisa que no vi, pero que oí en su voz al decirme:

–Algún día, cuando te cases y tengas familia, te pido por favor que no tomes como ejemplo la vida matrimonial de tu padre y mía.

Estas palabras no las estoy reproduciendo ahora por lo que recuerdo, como he reproducido hace veinte líneas sus palabras sobre el amor y la amistad. Pues esa petición suya, que no tomara como ejemplo el matrimonio de mis padres, la recuerdo tal y como me fue dicha: literalmente. Y su voz sonriente también la recuerdo ahora con exactitud. Íbamos por la calle King George, mi madre y yo, pasando, tomados del brazo, por delante de un monumento llamado Talita Kumi, de camino al Terra Sancta para sacar a mi padre del trabajo. Era la una y media del mediodía. Un viento frío mezclado con afiladas gotas de lluvia soplabá del oeste. Por culpa de ese viento los transeúntes cerraron los paraguas, para que no se doblasen. Nosotros ni siquiera intentamos abrir el nuestro. Tomados del brazo, caminábamos mi madre y yo bajo la lluvia, pasamos ante el Talita Kumi y ante el edificio Frumin, que era la sede temporal de la Kneset, y después a los pies del Bet Hamaalot. Fue a comienzos de la primera semana del mes de enero de 1952. Cuatro o cinco días antes de su muerte.

Cuando la lluvia arreció, mi madre propuso, aún con un tono de voz casi divertido:

–¿Vamos un rato a un café? Nuestro padre no se va a escapar.

## UNA HISTORIA DE AMOR Y OSCURIDAD – AMÓS OZ

---

Estuvimos una media hora en un café de ambiente centroeuropeo a la entrada del barrio de Rehavia, en la calle Kerem Kayemet, frente a la Agencia Judía, donde entonces estaba también el despacho del primer ministro. Hasta que cesó la lluvia. Entre tanto, mi madre sacó del bolso una polvera con un pequeño espejo redondo y un peine, y se arregló el cabello y las mejillas. En mí se produjo una mezcla de sentimientos, orgullo por su belleza, alegría por su restablecimiento y la responsabilidad de protegerla con todas mis fuerzas de una sombra cuya existencia tal vez sólo intuía. O más que intuir, percibía vagamente como una especie de sutil y extraña incomodidad en la piel. Igual que un niño a veces percibe cosas que están fuera de su capacidad de comprensión, y las siente y tiene miedo sin saber de qué se trata:

–¿Estás bien, mamá?

Pidió para ella una taza de café solo y para mí un café con leche, a pesar de que nunca me dejaban, el café no es para los niños, y también un helado de chocolate, a pesar de que en casa era bien sabido que los helados son malos para la garganta, y más en un frío día de invierno. Y antes de comer. Por responsabilidad, sentí la obligación de conformarme sólo con dos o tres cucharadas del helado y también de preguntarle a mi madre de vez en cuando si no tenía frío sentada ahí, si no estaba cansada, si no estaba mareada. Acabas de recuperarte. Mamá, ten mucho cuidado, porque a la entrada de los servicios está oscuro y hay dos escalones. El orgullo, la seriedad y el temor llenaban mi corazón. Como si, mientras estuviésemos sólo ella y yo en el café Rosh Rehavia, ella interpretase el papel de niña indefensa necesitada de un amigo generoso y yo fuera su *chevalier*. O tal vez su padre:

–¿Estás bien, mamá?

Cuando llegamos al edificio Terra Sancta, la sede de varios departamentos de la Universidad Hebrea desde que, durante la guerra de la Independencia, fue bloqueado el camino al campus de Har Hatzofim, preguntamos dónde estaba la hemeroteca y subimos por las escaleras al tercer piso. Un día de invierno como ése estaba Jana, de *Mi querido Mijael*, en esas mismas escaleras y puede que se torciese el tobillo, y el estudiante Mijael Gonen la agarrase por el codo y le dijese de pronto que la palabra «tobillo» le parecía bonita. Puede que mi madre y yo pasásemos delante de Mijael y de Jana por aquellas escaleras y no nos diésemos cuenta. Trece años

separaban ese día invernal de mi madre y mío en el Terra Sancta del invierno en que empecé a escribir el libro *Mi querido Mijael*.

Al entrar en la hemeroteca vimos de frente al director, el distinguido y bondadoso señor Feferman, que alzó la vista de un montón de papeles, nos sonrió y con las dos manos nos indicó que pasásemos: Vengan, por favor, entren. También vimos a mi padre. De espaldas. Durante un buen rato no lo reconocimos, porque estaba envuelto en una bata gris de bibliotecario para proteger su ropa del polvo de los libros. Estaba en el último peldaño de una pequeña escalera, de espaldas a nosotros y con toda su atención puesta en los grandes archivadores de cartón que estaba sacando uno por uno de una estantería, miraba y hojeaba y volvía a dejar en su sitio, y sacaba otro archivador y otro más, pues al parecer no conseguía encontrar lo que estaba buscando.

Durante todo ese rato, el bueno del señor Feferman no abrió la boca, se acomodó en su silla detrás de un gran escritorio y su afable sonrisa se agrandó, como si se estuviese divirtiendo, y también otros dos o tres trabajadores de la hemeroteca dejaron su trabajo, se rieron, nos miraron a nosotros, miraron la espalda de mi padre y no dijeron nada, como uniéndose al juego del señor Feferman y esperando con burlona curiosidad a ver cuándo ese hombre notaba por fin la presencia de sus huéspedes, que estaban a la entrada mirando pacientemente su espalda, la mano de la hermosa mujer sobre el hombro del niño.

Desde el último peldaño de la escalera, mi padre se volvió hacia el director de la hemeroteca y le dijo: «Perdóneme un momento, señor Feferman, a mi parecer hay aquí...», y de pronto vio la amplia sonrisa del director y puede que se asustase un poco, pues no comprendía qué le hacía tanta gracia; entonces los ojos del señor Feferman condujeron la mirada con gafas de mi padre desde el escritorio hacia la puerta, y, cuando nos vio, creo que se puso pálido. Colocó de nuevo en su sitio el gran archivador de cartón que tenía entre las manos, bajó con cuidado de la escalera, miró a un lado y a otro, vio que todos los trabajadores sonreían y, como si no le quedase más remedio, también él se acordó de sonreír y nos dijo: «¡Qué sorpresa! ¡Qué gran sorpresa!», y en voz más baja preguntó si todo iba bien, si había pasado algo.

Su cara estaba tensa y preocupada como la de un niño que, justo cuando está jugando a verdad-consecuencia con los compañeros de clase, alza la vista y descubre,

de pronto, a sus padres, muy serios en la puerta, y cuánto tiempo llevarían así mirando en silencio y cuánto habrían visto.

Al principio, llevado por el desconcierto, mi padre intentó sin darse cuenta empujarnos con mucha delicadeza, con las dos manos, hacia fuera, hacia el pasillo, miró hacia atrás y le dijo a toda la hemeroteca, y sobre todo al señor Feferman: «¿Me disculpan un momento?».

Pero luego se arrepintió: dejó de empujarnos hacia fuera, nos llevó hacia dentro, hacia el escritorio del director, y nos presentó, entonces cayó en la cuenta y dijo: «Señor Feferman, usted ya conoce a mi mujer y a mi hijo, ¿no?». Luego nos hizo dar la vuelta y nos presentó formalmente al resto de los trabajadores de la hemeroteca, con estas palabras: «Permítanme que les presente a mi mujer, Fania, y a mi hijo, Amós. Estudiante. De doce años y medio».

Cuando salimos los tres al pasillo, mi padre preguntó sobresaltado y un poco enojado:

–¿Qué ha pasado? ¿Mis padres están bien? ¿Y los tuyos? ¿Están todos bien?

Mi madre lo tranquilizó. Pero la idea del restaurante le provocó un cierto recelo: no era el cumpleaños de nadie. Dudó, empezó a decir algo, se arrepintió y, al cabo de un rato, dijo:

–Por supuesto. Por supuesto. Por qué no. Iremos a celebrar tu recuperación, Fania, o en cualquier caso la evidente mejoría que has experimentado en una noche. Sí. Por supuesto que lo celebraremos.

Pero al decir eso su rostro no tenía una expresión festiva sino preocupada.

Después mi padre se repuso de pronto, se llenó de un alegre entusiasmo, nos rodeó a los dos por los hombros, le pidió permiso al señor Feferman para acabar antes la jornada de trabajo, se despidió de los empleados de la hemeroteca, se quitó la bata gris de bibliotecario, nos dio una vuelta rápida por algunas de las estanterías de la biblioteca, que estaba en el sótano, y por el archivo de manuscritos raros, nos enseñó también la nueva fotocopiadora, explicándonos bien todo mientras nos presentaba con orgullo a todo aquel que encontrábamos por el camino, excitado como un joven que presenta a sus respetables padres a la dirección del colegio.

Había un restaurante agradable y casi vacío en una callejuela entre la calle Ben Yehuda y la calle Shamai o Hillel. Empezó a llover de nuevo justo cuando entrábamos, y mi padre dijo que aquello era una buena señal, como si la lluvia se hubiese detenido sólo por nosotros. Como si desde el cielo se mostrasen favorables a nosotros.

Pero enseguida se corrigió:

–Es decir, diría eso si creyera en las señales y si creyera que el cielo se interesa por nosotros. Pero el cielo es indiferente. Excepto el *Homo sapiens*, el universo entero es indiferente. Y de hecho la mayoría de las personas también son indiferentes. Desde mi punto de vista, la indiferencia es la señal distintiva más evidente de toda la realidad.

Y volvió a corregirse:

–¿Cómo he podido decir del cielo que se muestra favorable cuando, de hecho, está gris y oscuro y nos lanza una lluvia evidentemente torrencial?

Mi madre dijo:

–Pidan ustedes primero porque hoy soy yo la anfitriona. Y me alegraría mucho que esta vez pidiesen los platos más caros de la carta.

Pero la carta era modesta, en consonancia con aquellos años de escasez y restricción. Mi padre y yo pedimos sopa de verduras y albóndigas de pollo con puré de papa. Como si fuese cómplice de una conspiración secreta, evité contarle a mi padre que, de camino al Terra Sancta, me habían dejado por primera vez en mi vida probar el café. Y me habían dejado tomar helado de chocolate antes de comer, y a pesar de ser invierno.

Mi madre estuvo mirando fijamente la carta durante un buen rato, la dejó boca abajo sobre la mesa, y sólo cuando mi padre volvió a recordárselo, accedió a pedir tan sólo un plato de arroz blanco. Mi padre se disculpó gentilmente y le explicó a la camarera que esto y aquello, y que ella, mi madre, aún no estaba restablecida del todo. Mientras mi padre y yo acabábamos con apetito nuestros platos, mi madre

probó el arroz haciendo un gran esfuerzo: picó un poco, lo dejó y pidió una taza de café solo.

–¿Estás bien, mamá?

La camarera volvió con una taza de café para mi madre y un vaso de té para mi padre, y delante de mí dejó de postre un platito de gelatina amarilla temblorosa. En ese momento, mi impaciente padre sacó su billetera del bolsillo interior de la chaqueta. Pero mi madre se empeñó: Guárdate eso, por favor. Hoy ustedes dos son mis invitados. Y mi padre la obedeció, no sin antes hacer una broma forzada sobre los pozos de petróleo que al parecer ella había heredado en secreto, y que eran el origen de su nueva fortuna y su despilfarro. Esperamos a que dejara de llover. Mi padre y yo estábamos sentados de cara a la cocina y enfrente teníamos la cara de mi madre, mirando entre nuestros hombros la persistente lluvia a través de la ventana que daba a la calle. No recuerdo de lo que hablamos, pero es de suponer que mi padre se apresuraría a acabar con cualquier silencio. Tal vez nos hablara, mientras tanto, de las relaciones de la Iglesia católica con el pueblo judío, o nos repasara la historia de la acalorada disputa, a mediados del siglo XIX, entre el rabino Yaakov Emden, llamado también rabino Yaavatz, y los seguidores de Shabbetay Zvi, y sobre todo entre el rabino Emden y el rabino Yonatan Aivshitz, sospechoso de ser seguidor del shabbetaísmo.

Además de nosotros, a esa hora lluviosa del mediodía, en el restaurante había dos mujeres mayores que hablaban en alemán con especial delicadeza y en un respetuoso tono de voz. Se parecían la una a la otra, en el pelo gris ferroso y en los rasgos aquilinos, resaltados en ambas por una gran prominencia en el cuello: la más vieja de las dos parecía tener más de ochenta años y, mirándola con mayor atención, supuse que podía ser la madre de la anciana que tenía sentada enfrente. Decidí que madre e hija eran viudas y que vivían juntas porque no tenían a nadie más en el mundo. Las llamé señora Gertrud y señora Magda e intenté imaginarme mentalmente su pequeña e impoluta casa, quizás por los alrededores, más o menos delante del hotel Eden.

De pronto una de ellas, la señora Magda, la menos mayor, alzó la voz y le lanzó a la anciana que tenía sentada enfrente una palabra en alemán. Lo hizo

gritando con rabia venenosa e hiriente, como un ave de rapiña lanzándose contra su presa, luego tomó su taza y la estampó contra la pared.

Por los surcos de las mejillas de la mujer más anciana, a la que había llamado Gertrud, empezaron a correr lágrimas. Lloraba en silencio y sin ningún gesto de llanto. Lloraba con la cara íntegra. La camarera se agachó en silencio para recoger del suelo los pedazos de la taza: recogió, terminó y se alejó. Ni una palabra se dijo después de aquel grito. Las dos mujeres continuaron sentadas la una frente a la otra sin abrir la boca, las dos muy delgadas, las dos con un pelo cano ondulado y ferroso que empezaba muy arriba en la frente, como les pasa a los hombres con una incipiente calvicie. La anciana viuda siguió derramando en silencio y sin gesto alguno lágrimas mudas que descendían hacia su afilada barbilla, y, como en las cuevas húmedas, sus lágrimas caían una a una en su pecho. Ni siquiera intentó contener el llanto o secarse los ojos, a pesar de que su hija, en silencio, con gesto triste, le ofreció un pañuelo blanco planchado. Si es que ésa era su hija. La anciana, Gertrud, no aceptó la mano tendida ante ella sobre la mesa con el pañuelo planchado. Durante un largo rato se congeló toda la escena, como si las dos, madre e hija, sólo fueran una vieja fotografía en sepia, algo descolorida, en un álbum polvoriento. Y de repente pregunté:

–¿Estás bien, mamá?

Porque mi madre, olvidándose por completo de las normas de educación, giró un poco la silla y no apartaba la vista de las dos mujeres. En ese momento me pareció que su cara volvía a estar tan pálida y blanca como durante su enfermedad. Al cabo de un rato se disculpó, se sentía algo cansada y quería volver a casa a echarse un rato. Mi padre asintió con la cabeza, se levantó de inmediato, le consultó a la camarera dónde había un teléfono cerca y se fue a llamar a un taxi. Al salir del restaurante, mi madre tuvo que apoyarse en el brazo y el hombro de mi padre, yo les sujeté la puerta y avisé de que había un escalón, y también les abrí la puerta del taxi. Cuando sentamos a mi madre en el asiento de atrás, mi padre volvió al restaurante a pagar la cuenta. Ella se sentó muy erguida en el taxi y sus ojos marrones estaban abiertos de par en par, quizá demasiado abiertos.

Por la tarde llamamos al nuevo médico y, cuando se fue, mi padre llamó también al viejo. No hubo diferencia de opiniones entre ellos: los dos médicos

recomendaron reposo absoluto. Mi padre le preparó mi cama, que había pasado a ser la suya, le sirvió un vaso de leche templada con miel, le rogó que se tomara al menos tres o cuatro sorbos con sus nuevos somníferos y le preguntó cuánta luz quería que dejara. Al cabo de un cuarto de hora, me mandó a mirar por la rendija de la puerta y vi que mi madre estaba dormida. Estuvo durmiendo hasta el día siguiente por la mañana, volvió a despertarse temprano y a levantarse para ayudarnos un poco a mi padre y a mí en las tareas matinales. Volvió a hacernos huevos fritos mientras yo ponía la mesa y mi padre cortaba distintas hortalizas para la ensalada. Cuando llegó la hora de irnos, mi padre al edificio Terra Sancta y yo al colegio Tajkemoní, mi madre decidió de pronto salir también y acompañarme al colegio, porque cerca del Tajkemoní vivía su buena amiga Lilienka, Lilia Bar Samka.

Después supimos que Lilienka no estaba en casa y, por tanto, mi madre fue a casa de otra amiga, Fania Weissman, que también había estudiado en el instituto Tarbut de Rovno. Desde la casa de Fania, un poco antes del mediodía, mi madre se fue a la estación de autobuses de la calle Yafo y se subió a uno que iba a Tel Aviv para visitar a sus hermanas, o tal vez sólo pretendía cambiar de autobús en Tel Aviv y continuar hasta Haifa y Kiriat Motzkin, hasta el barracón de sus padres. Pero, cuando mi madre llegó a la estación de Tel Aviv, debió de cambiar de idea, se tomó un café solo en un cafetería y volvió al atardecer a Jerusalem.

Al llegar a casa se quejó de que estaba muy cansada. Y volvió a tomarse dos o tres de sus nuevas pastillas para dormir. O tal vez en esa ocasión volvió a probar con las antiguas. Pero esa noche no consiguió dormir, las migrañas la atormentaban de nuevo, y se pasó toda la noche vestida en la silla junto a la ventana. A las dos de la madrugada decidió ponerse a planchar. Encendió la luz de mi habitación, que había pasado a ser la suya, puso la tabla de la plancha, preparó una botella de agua para rociar la ropa y se pasó planchando varias horas, hasta que amaneció. Cuando se le acabó la ropa, sacó del armario la ropa de cama y la volvió a planchar toda. Y, cuando se terminó también ésa, se puso a planchar la tela que hacía de colcha en la cama de mi habitación, pero debido al cansancio o a la debilidad se le chamuscó, entonces mi padre se despertó por el olor a quemado y me despertó a mí también. Nos quedamos atónitos al ver que mi madre había planchado cada calcetín, cada pañuelo, cada servilleta y mantel de la casa. Nos apresuramos a mojar la tela chamuscada en el cuarto de baño, sentamos a mi madre en su silla, nos arrodillamos mi padre y yo y le quitamos los zapatos, uno mi padre y otro yo. Luego mi padre me pidió que saliera un momento de la habitación y que fuera tan amable de cerrar la

puerta. Cerré la puerta, pero en esa ocasión, como estaba preocupado por ella, me quedé pegado a la puerta cerrada. Quería oír. Estuvieron una media hora hablando en ruso. Después mi padre me pidió que cuidara de mi madre durante unos minutos, se fue a la farmacia y compró una medicina, tal vez un jarabe, telefoneó desde la farmacia a la oficina del tío Zvi, que trabajaba en el hospital Tzahalón de Yafo y también telefoneó al trabajo del tío Buma en el ambulatorio Zamenhof de Tel Aviv. Tras esas llamadas, mi padre y mi madre acordaron que esa misma mañana, el jueves, se fuera a Tel Aviv a casa de una de sus hermanas para descansar y cambiar un poco de aires. Podía quedarse cuanto quisiera, hasta el domingo o incluso hasta el lunes por la mañana, porque el lunes al mediodía, Lilia Bar Samka había conseguido hora para una revisión en el hospital Hadassah, en la calle Haneviim, una revisión para la que, si no hubiese sido por los buenos contactos de la tía Lilienka, habríamos tenido que esperar varios meses.

Como mi madre estaba débil y se quejaba de mareos, mi padre se empeñó en que, en esa ocasión, no iría sola a Tel Aviv sino que él la acompañaría hasta la casa de la tía Haya y del tío Zvi, e incluso podría quedarse a pasar allí la noche y al día siguiente por la mañana, el viernes, volvería a Jerusalem en el primer autobús y le daría tiempo a ir al menos unas horas a trabajar. No hizo caso de las protestas de mi madre, que opinaba que no era necesario que la acompañase y perdiese un día de trabajo, ella aún era capaz de ir sola a Tel Aviv y encontrar la casa de su hermana. No se iba a perder.

Pero mi padre no quiso escuchar. En esa ocasión se mostró sombrío, testarudo y firme en su decisión. Yo le prometí que después del colegio iría directamente, sin entretenerme en ningún sitio, a casa de la abuela Shlomit y el abuelo Alexander, que estaba en la calle Praga, les explicaría lo que había pasado y me quedaría con ellos hasta el día siguiente, hasta que volviera mi padre. Y no ser bajo ningún concepto una carga para el abuelo y la abuela, y ayudarlos, levantar la mesa después de comer y ofrecerme a tirar la basura. Y hacer allí todos mis deberes: no dejar nada para el sábado. Me llamó: hijo sensato. Y puede que hasta me llamase muchacho. Y desde fuera se nos unió en ese momento el pájaro Elisa, que entonó tres o cuatro veces, con diáfana y radiante alegría, su canto beethoveniano de la mañana, «Ti-da-di-da-di...», con una especial turbación, respeto, gratitud e inspiración, como si hasta ese momento siempre hubiese sido de noche. Como si esa mañana fuera la primera mañana del universo y su luz fuese una luz maravillosa, sin parangón, capaz de atravesar las tinieblas.

## CAPÍTULO 61

Tenía unos quince años cuando llegué a Hulda, unos dos años después de la muerte de mi madre: un pálido entre bronceados, un escuálido entre jóvenes corpulentos, un parlanchín incansable entre parcos en palabras, un versificador entre campesinos hijos de viñadores y entre estableros hijos de tractoristas. Todos, todos los chicos y chicas de mi nueva clase en las «clases de continuación» de Hulda, eran mentes sanas en cuerpos sanos; sólo yo era una mente soñadora en un cuerpo casi transparente. Peor que eso: dos o tres veces me encontraron sentado en un rincón perdido del kibutz, con un bloc y acuarelas, intentando pintar. O escondido en la sala de consulta oculta tras la de los periódicos, en la planta baja de la Casa Herzl, escribiendo y tachando. Pronto se difundió por Hulda el rumor maccarthiano de que yo tenía alguna relación con el Jerut, que había crecido en una familia revisionista. De alguna forma me volví sospechoso de mantener turbias relaciones con el detestable demagogo Menahem Begin, el líder de los adversarios del movimiento laborista. En resumen: tanto una educación distorsionada como unos genes irreparablemente defectuosos.

No me sirvió de nada el hecho de haber llegado a Hulda llevado por una radical rebelión contra el mundo de mi padre y de su familia. No jugó a mi favor el ser un «tránsfuga» del partido Jerut, ni me sumaron puntos por mi salvaje risotada durante el discurso de Menahem Begin en la sala del Edison: el niño valiente del cuento del traje nuevo del emperador, precisamente él, era sospechoso ahí, en Hulda, de ser un dudoso agente de los sastres impostores.

En vano intentaba destacar en el trabajo del campo y flojear en los estudios. En vano me abrasaba como un churrasco, esforzándome en ponerme tan moreno como ellos. En vano me mostraba en las discusiones sobre la actualidad, como el socialista más socialista de Hulda, si no de toda la clase obrera. De nada me sirvió: para ellos yo era una especie de extraterrestre, extraño y raro, y por eso mis compañeros de clase no dejaban de zarandearme sin piedad para que renunciase por fin a mi extrañeza y fuera una persona normal. Una vez me enviaron corriendo al establo sin linterna, en mitad de la noche, para comprobar e informar de si por casualidad había alguna vaca en celo que necesitase con urgencia los favores de un toro. Otra vez me apuntaron para trabajar en el sector de limpieza de sanitarios. Y en

otra ocasión me mandaron al patio del pabellón de los niños a separar a los machos de las hembras en el corral de patos: para que no olvidara nunca de dónde procedía y no tuviera la menor duda de adónde había llegado.

Yo lo aceptaba todo con humildad, porque sabía que el proceso de extirpación de mi carácter jerosolimitano, los dolores de mi nuevo nacimiento, sería inevitablemente penoso. Me resigné a las torturas y las vejaciones, no porque tuviese complejo de inferioridad, sino porque era inferior: ellos, los chicos robustos, abrasados por el polvo y el sol, y las chicas esbeltas con cola de caballo y chaleco, ellos eran la música de la tierra. La sal de la tierra. Los señores de toda la tierra. Bellos como ángeles, bellas como las noches de Canaán, construiremos nuestra tierra patria, seremos todos pioneros y pioneras.

Todos, excepto yo.

Mientras no me broncease, nadie iba a negar eso: todos sabían bien –y también yo lo sabía– que incluso cuando mi piel se broncease y por fin se pusiera oscura, por dentro seguiría pálido. Por más que me martiricé hasta que aprendí a tender tubos de riego por los campos de forraje, a conducir un tractor, a disparar sin fallar con un viejo fusil checo en los campos de tiro de los batallones juveniles, no conseguí liberarme debajo de mi piel: a través de todas las redes de camuflaje que tendí sobre mí mismo aparecía ese niño de ciudad enclenque, delicado, sensible, charlatán incansable, fantasioso e inventor de extrañas historias inverosímiles que ahí no le interesaban a nadie.

En cambio ellos, todos ellos, me parecían sublimes: esos chicos fortachones, capaces de marcar un gol hasta con la pierna izquierda desde una distancia de veinte metros, de retorcer el pescuezo de un pollo sin pestañear, de entrar por las noches en el almacén de provisiones y robar manjares para hacer una fiesta alrededor de una hoguera. Y esas chicas valientes, que podían caminar treinta kilómetros al día llevando a la espalda una mochila de treinta kilos y aún les quedaba energía suficiente para bailar hasta altas horas de la noche, con sus faldas azules al viento, como si la propia fuerza de gravedad no se atreviera a afectarlas, y, después de todos esos bailes, aún se sentaban con nosotros en círculo hasta el amanecer y nos cantaban bajo el cielo estrellado canciones entusiastas y estremecedoras, canciones nostálgicas a dos y tres voces, apoyadas espalda contra espalda, cantaban e

irradiaban un halo sensual, inocente y arrebatador, arrebatador precisamente por ser tan inocente y celestial como un coro de ángeles.

Por supuesto yo sabía cuál era mi lugar. No presumir. No ser arrogante. No lanzarse hacia lo que está destinado a otros mejores. Ciertamente, todas las personas han nacido iguales, ése era el principio fundamental en el que se basaba la vida del kibutz. Pero el terreno del amor pertenece a las fuerzas de la naturaleza y no a los comités por la igualdad. Y, como es bien sabido, en el terreno del amor la llama es sólo para los cedros, no para el musgo de la pared.

Sin embargo, como es bien sabido, hasta un gato tiene derecho a mirar al rey. Así pues, me pasaba todo el día mirándolos y tampoco al acostarme por la noche, después de cerrar los ojos, dejaba de mirar la belleza de sus cabellos y sus rostros. Y sobre todo miraba a las chicas. Qué digo mirar. Les clavaba una mirada ardiente. Hasta durmiendo las miraba con ojos de carnero ávidos y desesperados. Aunque sin hacerme ilusiones: sabía que ellas no eran para mí. Ellos, los chicos, eran el ciervo de Israel y yo, el gusano de Jacob. Ellas, las chicas, eran las gacelas salvajes y yo, el chacal solitario que aullaba tras la verja. Y entre ellas –la guinda de la tarta– estaba Nily.

Todas eran bellas como el sol. Todas. Pero Nily... A su alrededor vibraba siempre un círculo de alegría. Nily iba cantando por el sendero, por el prado, por el monte, entre los bancales, iba cantándose a sí misma. E incluso cuando no cantaba, me parecía que cantaba. ¿Qué le pasa?, me preguntaba a veces a mí mismo desde las angustias de mis dieciséis años, ¿por qué canta sin parar? ¿Qué hay tan bueno en este mundo? Con los tormentos de un cruel destino/ con las angustias de una vida famélica/ de un ayer incognoscible/ y un mañana inimaginable... ¿es posible mostrar tal alegría de vivir? ¿Tal resplandeciente jovialidad? ¿Una irradiación de gozo como la suya? ¿Acaso aún no ha oído que las montañas de Efraim han recibido/ una nueva víctima joven/ ...así vivimos/ sacrificándonos por el pueblo...? ¿Es que Nily no sabe nada de eso? ¿No tiene ni idea de que hemos perdido todo lo que era preciado/ y no volverá nunca más?

Es sorprendente. Es casi irritante, pero también me fascina: como una luciérnaga.

Alrededor del kibutz Hulda reinaba una profunda oscuridad. Cada noche un abismo negro comenzaba a extenderse a dos metros del círculo de luces amarillentas de las farolas de la verja y continuaba hasta el extremo de la noche, hasta las lejanas estrellas del cielo. Al otro lado de la alambrada había campos vacíos, campos de árboles frutales desiertos en medio de la oscuridad, colinas sin un alma, huertos abandonados al viento nocturno, ruinas de pueblos árabes –no como hoy día, que desde Hulda se ven un montón de luces apelonadas por todas partes–. En los años cincuenta todo estaba aún completamente vacío alrededor. Y por ese gran vacío se infiltraban en plena noche los fedayines. Y en ese gran vacío estaban también el monte, el olivar y las plantaciones, por donde vagaban babeando en la oscuridad los chacales, cuyo aullido enloquecedor, un sonido que ponía los pelos de punta, cortaba nuestro sueño y helaba la sangre al amanecer (eran los chacales a los que años más tarde contraté, a los que recluté para los relatos de *Las tierras del chacal*, aunque desde entonces hasta ahora los chacales se han callado. Han dejado de aullar. Durante mucho tiempo los chacales desaparecieron de la llanura costera y sólo últimamente han vuelto a aparecer).

Ni siquiera por las calles del vallado y vigilado kibutz había por las noches mucha luz: bajo una cansada farola se derramaba algún tenue charco de luz, pero volvía a reinar una densa oscuridad hasta la siguiente farola. Los centinelas nocturnos, tapados de arriba abajo, patrullaban entre los gallineros y los establos, y cada media hora o cada hora la guardia dejaba la vigilancia del pabellón de los recién nacidos y hacía una ronda de reconocimiento desde la guardería hasta el pabellón de los niños.

Cada tarde teníamos que armar alboroto para no caer en manos del vacío y la tristeza. Cada tarde nos reuníamos y hacíamos juntos algo ruidoso, casi desenfrenado, hasta la medianoche, o pasada la medianoche, para que la oscuridad no penetrase en las habitaciones y en los huesos y nos consumiese. Cantábamos y gritábamos, comíamos sin tino, discutíamos, decíamos obscenidades, cotilleábamos, bromeábamos, todo para repeler la oscuridad, el silencio y el aullido de los chacales. En aquella época no había televisión, ni video, ni estéreo, ni Internet, ni juegos de computadora, ni discotecas, ni pubs ni música disco: proyectaban una película en la Casa Herzl o fuera, en la explanada, sólo una vez a la semana, los miércoles.

Cada tarde teníamos que reunirnos, movilizarnos y empezar a crear luz y alegría.

Entre los adultos del kibutz, esos a los que nosotros llamábamos «los viejos», aunque la mayoría apenas pasaba de los cuarenta, había bastantes a quienes se les había apagado ya la luz interior de tantas obligaciones, deberes, desilusiones, trabajo agotador, reuniones, comités, recolecciones, discusiones, turnos, estudio y desbrozo, de tanta actividad cultural y tanta rutina agotadora. Muchos de ellos eran ya personas apagadas. A las nueve y media o diez menos cuarto, las débiles luces iban desapareciendo, una tras otra, de las ventanas de los pequeños pisos del pabellón de los veteranos: al día siguiente había que levantarse otra vez a las cuatro y media de la madrugada a recolectar, ordeñar, labrar o trabajar en la cocina comunitaria. Durante aquellas noches, la luz era un producto raro y precioso en Hulda.

Y Nily era una luciérnaga. Qué digo una luciérnaga. Un generador. Una central eléctrica completa.

Nily propagaba a su alrededor una especie de pródiga e incontenible alegría de vivir, una alegría sin causa ni motivo, sin fundamento, sin motor, no tenía que ocurrir nada especial para provocarle un desbordamiento de júbilo. Es cierto que en más de una ocasión la vi triste por un momento, llorando abiertamente porque le habían hecho o creía que le habían hecho algo ofensivo o injusto. O gemía sin vergüenza alguna en una película triste y derramaba lágrimas sobre una página desgarradora de una novela. Pero su tristeza estaba siempre bien encerrada tras un par de potentes rejas de una alegría de vivir tan constante y fuerte como el flujo de las aguas termales, con las que jamás podrán la nieve ni el hielo pues su calor procede directamente del corazón de la tierra.

A lo mejor le venía de familia. De sus padres: Riva, por ejemplo, la madre de Nily, era capaz de oír música en su cabeza cuando no había ni podía haber ninguna música a su alrededor. Mientras que Sheftel, el bibliotecario, se iba con la camiseta gris de trabajo a las afueras del kibutz y cantaba, trabajaba en el huerto y cantaba, se cargaba a la espalda pesadas bolsas y cantaba, y cuando te decía «todo se arreglará», lo creía de verdad, lo creía absolutamente, sin ninguna duda y sin ninguna reserva: No te preocupes. Todo se arreglará. Pronto.

## UNA HISTORIA DE AMOR Y OSCURIDAD – AMÓS OZ

---

Un chico externo como yo, de quince, dieciséis años, miraba la alegría que irradiaba Nily como se mira la luna llena: lejana y desconocida pero cautivadora y fascinante.

Por supuesto, sólo de lejos. Yo era insignificante. Luces brillantes como ésas, yo y los de mi condición tan sólo podíamos mirarlas. Durante los dos últimos años de colegio y después, durante el servicio militar, tuve una novia que no era de Hulda, mientras que Nily tenía un resplandeciente cortejo de principescos pretendientes y, alrededor de ese cortejo, tenía un segundo círculo de hechizados desfallecidos y seducidos, y un tercer círculo de pobres y humildes admiradores, y un cuarto círculo de oyentes a distancia, y en el quinto o sexto círculo estaba también yo, el musgo de la pared que ella había tocado alguna vez de forma espontánea y generosa sin imaginarse lo que ese fugaz contacto había provocado en él.

Cuando me sorprendieron garabateando poemas en la habitación trasera abandonada del centro cultural de Hulda, todos tuvieron claro que de mí no saldría nada bueno. Sin embargo, como sacando algo bueno de lo malo, decidieron encargarme que escribiera versos adecuados a todo tipo de ocasiones: fiestas, bodas y celebraciones, y, por si acaso, también elegías y necrológicas. Los poemas íntimos los conseguí ocultar (dentro de un viejo colchón de paja), pero a veces no podía dominarme y le mostraba alguno a Nily.

¿Por qué precisamente a ella?

Tal vez tenía necesidad de comprobar cuáles de mis poemas de oscuridad se desharían en el instante en que fueran expuestos a los rayos del sol, y cuáles pese a todo conseguirían sobrevivir. Hasta hoy día, Nily es mi primera lectora. Cuando encuentra en un borrador algo incorrecto, me dice: Esto no funciona. Bórralo. Vuelve a escribirlo. O: Basta. Ya lo hemos oído. Esto ya lo has escrito. No hay que repetirlo. Pero cuando algo le gusta, Nily alza la vista de las páginas hacia mí y me mira de tal forma que la habitación se ensancha. Y cuando me sale algo triste dice: Este párrafo me ha hecho llorar. Y cuando me sale algo gracioso no dice nada, simplemente se empieza a reír sin medida. Después lo leen mis hijas y mi hijo, los tres tienen buen ojo y oído fino. Al cabo de un tiempo lo leerán también algunos amigos, después los lectores y después los expertos en literatura, los estudiosos, los críticos y los escuadrones de la muerte. Pero entonces yo ya no estoy allí.

Por aquellos años, Nily salía con la flor y nata, y yo no tenía grandes pretensiones: si la princesa pasa rodeada por su grupo de pretendientes ante la choza de un vasallo, él, como mucho, alzará la vista hacia ella un instante, se cegará y celebrará su suerte. Por tanto el golpe fue sonado en Hulda, e incluso en otros lugares vecinos, cuando un día se descubrió que la luz del sol había inundado de pronto la cara oscura de la luna. Ese día en Hulda las vacas pusieron huevos, de las ubres de las ovejas salió vino y de los eucaliptos fluyeron leche y miel. Detrás del corral aparecieron osos polares, se vio al emperador de Japón junto a la lavandería declamando cartas de A. D. Gordon, los montes destilaron mosto y las colinas se derritieron. Setenta y siete horas seguidas estuvo el sol sobre las copas de los cipreses sin querer ocultarse. Y yo fui al pabellón vacío de los chicos, cerré bien la puerta, me puse frente al espejo y pregunté en voz alta: Espejito, espejito, dime, ¿cómo ha ocurrido esto? ¿Cómo he sido merecedor de esto?